

GOUCHON CANÉ, EMILIO. — “*El Hombre y sus Tres Mundos. (Fundamentos para una comprensión de la problemática actual)*”. El Ateneo, Buenos Aires, 1937. Un Prefacio - Explicación de motivos y 206 páginas.

Los índices bibliográficos contemporáneos, tan nutridos de títulos sugestivos que luego defraudan, suelen ocultar de tanto en tanto publicaciones que la complicidad ramplona e interesada de una crítica mal orientada deja pasar en silencio. Tal la suerte de este meduloso libro, síntesis de pensamiento noble y fecundo.

Como lo explica su autor en el prefacio, “Algunos amigos de la Argentina y el Uruguay nos pidieron que escribiésemos un libro que expusiera las ideas básicas de nuestras conferencias públicas, para sedimentar los conceptos sugeridos y —esto lo agregamos nosotros— para someterlos a una crítica necesaria”. Así queda explicada la oportunidad oportunísima —perdónesenos la redundancia— de su aparición. En efecto, sorprende al lector argentino hallar una conciencia de estudioso tan exquisita. Conciencia que recién da el paso de sintetizar sus ideas —defendidas en casi seis años de meditación continua, llena de aportes sugestivos— cuando de acuerdo a rigurosa autocrítica promulga su madurez expresiva.

Necesitaríamos mucho espacio para —cuando más no fuera— explayar los atisbos principales de la tesis del autor argentino.

Hay en ciencias, y mucho más en filosofía, los espíritus sintéticos. Son los concentradores a veces de medio siglo de estudios parciales, aparentemente contradictorios, aunque, las más de las veces, coincidentes en vista generales y en principios fundamentales. Por eso el Hombre y sus tres mundos está preñado de sugerencias, de talentosas aproximaciones. En él todos los trabajadores del intelecto y del espíritu hallarán su renglón, la parcela que les llamará la atención, obligándoles a realizar una lectura detenida, lápiz en mano, prontos a tomar en su carnet de futuras observaciones personales, las realizadas por el autor.

Desfilan por sus páginas múltiples sugerencias. Sin embargo, el núcleo inicial reside en las preguntas que al estudioso plantea el hecho artístico con sus opuestas teorizaciones estéticas, respaldadas todas ellas con sólidas argumentaciones, enraizadas las más de las veces en plena metafísica. Como el fenómeno estético pertenece a la psicología por razones obvias, en cuanto es vivencia de un sujeto, y en cuanto despierta diversas respuestas, condicionadas algunas de ellas por emociones - choques, el autor, estudiando con vistas históricas, ampliamente documentadas, todas esas respuestas, llega a postular, obligado por sus propias constataciones, la exigencia de tres tipos psicológicos. Los llama: *exogélicos-antrogélicos* y *endogélicos*. Cada uno de ellos con su estructuración psíquica típica, estructuraciones que han motivado, dado sus orientaciones parciales, los choques inexplicables de los teorizadores entre sí.

Pero lo postulado para el arte no sólo es valedero en ese renglón de las manifestaciones humanas. Lo es para la misma ciencia, para la especulación filosófica, hasta para las distintas concepciones religiosas, por medio de las cuales el Hombre rinde su adoración al Ser Primero.

Vése, ya, cuánta es la importancia del texto en comentario. Sus proyecciones éticas, en las cuales dedica una interesantísima página al porvenir de América, continente por muchas cosas promisorio, mueve a serias reflexiones, planteando la posibilidad de una mayor acuidad en la solución metodológica de los problemas pedagógicos y sociales.

Difícil hubiera sido encerrar en menos espacio más material. Sólo mediante una certera síntesis pensante, más el arte exquisito de un idioma severamente obligado a obedecer a la ajustada construcción lógica, podía lograrse tan disciplinado ensamble de teorizaciones.

Del libro creemos que la parte más lograda, más acertada, donde el espíritu creador del autor se mueve en plano de seguridad difícilmente rebatible es el referente al arte. Claro está que, éste capitado, dada la unidad del libro, no puede ser desentendido de los anteriores. Sin embargo, por haberlo sometido a ajustada revisión práctica, en nuestras propias investigaciones, le hallamos sencillamente notable. Mucho se ganaría de adoptarse una posición tan ajustada a la realidad del mismo fenómeno artístico. Pero, ahora, no nos explayaremos más. No podemos evadirnos, a pesar de nuestros deseos, de la limitación de espacio.

Los alumnos de nuestras casas de estudios, sobre todas las universitarias, deberían leer este libro. Tienen una doble obligación. Primero oír una voz que dice su pensamiento después de larga y consagrada labor, tanto aquí como en el extranjero; verdadero ejemplo de laboriosidad, de deber cumplido por pura vocación profesoral, consciente de que los públicos son tan merecedores de atención como los pobladores hoy numerosos de las aulas. En segundo término, porque quizás de desentrañar su sentido ganaríamos un tanto en paz, en comprensión y en provecho, evitando muchas publicaciones inútiles, muchas controversias agotadoras y muchas inteligencias infatuadas en un saber que no es tal. Corren tiempos de premura; tiempos de síntesis.

Ahora, terminando, un anhelo. En el contexto encontramos algunas ideas muy discutibles sobre la historia de la filosofía, especialmente la escolástica, en la que creemos ha confundido el autor el método expositivo tan dañoso de la decadencia, con la síntesis insuperable del tomismo, hoy vuelto a actualizar con los aportes de Gemelli, Masnovo, Olbiatti, Maritain, Wulff, Mandonet, Gillet, y tantos otros más.

Pero, precisamente por esto, más imprescindible es una lectura de información, más dos o tres de enfoque, de certera comprensión.

Repetimos, es un libro provechoso, primero de una serie ampliadora que nos ha prometido. Esperamos marque época en nuestra exigua bibliografía filosófica. Es lo menos que la objetividad crítica exige decir con lealtad comprensiva.

*Mauricio Ferrari Nicolay.*

*Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras. — Serie A — Tomo III.*

Constituyen el último volumen de la serie A de las publicaciones del Museo diversos trabajos de índole arqueológica, lingüística y antropogeográfica, de cuyo contenido nos limitaremos a dar una rápida noticia.

El doctor Eduardo Casanova en *Titiconte*, describe el material hallado en dicha localidad durante la excursión que en 1929 realizara acompañando al doctor Salvador Debenedetti. El autor hace uso de las libretas de viaje y del prólogo de la conferencia que sobre dicha exploración pronunciara el doctor Debenedetti ante el Congreso Internacional de Americanistas, reunido en Hamburgo, poco tiempo antes de su muerte. Esta es la razón por la cual Casanova comparte con él, de manera muy caballeresca, la originalidad del trabajo.

La localidad de referencia, que se halla situada sobre la quebrada de Iruya, zona al parecer muy rica en yacimientos arqueológicos, adquiere particular importancia por su contigüidad con las culturas chaqueñas. Aparte del hallazgo de algunos tipos de viviendas semi-subterráneas con techo formado por grandes lajas, de algunos pequeños recintos excavados en el espesor de los muros de contención de los andenes de cultivo, y que el autor supone sean silos, las excavaciones —según dice— han proporcionado un pequeño número de objetos de piedra y metal, y menor aún de cerámica.

El profesor Francisco de Aparicio es autor de tres artículos. En el primero de ellos, *Viaje Preliminar de Exploración en el Territorio del Neuquén*, expresa la pobreza arqueológica de dicha zona y su pesimismo con respecto a los resultados que pudieran arrojar exploraciones sistemáticas. Atribuye esta circunstancia a que los yacimientos son de tipo paradero, y por consiguiente, de no mediar una extraordinaria abundancia de material, son de hallazgo ocasional, y a que los pobladores de la comarca saben explotar el interés de aficionados y coleccionistas. En cambio, el territorio se muestra rico en grabados rupestres, a los cuales el